

# ***El doctor Torralba***

Domingo Miras Molina

## PERSONAJES POR ORDEN DE INTERVENCIÓN

MORALES, *médico del Cardenal Santa Cruz.*

TORRALBA, *médico del Cardenal Volterra.*

MADONA ROSALES, *cortesana romana.*

MAQUERA, *maestro médico.*

SANTA CRUZ, *cardenal español de la curia de Julio II.*

VOLTERRA, *cardenal italiano de la misma curia.*

MIGUEL ÁNGEL, *escultor y pintor del Papa Julio II.*

FRAY PEDRO, *alquimista del Cardenal Volterra.*

ZAQUIEL, *espíritu.*

DOÑA LEONOR DE HABSBURGO, *hermana de Carlos V.*

ZÚÑIGA, *hidalgo.*

HANS SCHUFTERLE, *lansquenete.*

MADONNA CORNELIA, *dama romana.*

SIGNORINA CAMILLA, *su hija.*

ESCALONA, *soldado español.*

AVENDAÑO, *soldado español.*

FARIAS, *soldado español.*

RUESTA, *juez del Santo Oficio.*

HERRERA, *escribano del mismo Tribunal.*

Salvo en los casos de TORRALBA y ZAQUIEL, existen amplias facilidades para doblar papeles, por lo que el número de actores podría reducirse aproximadamente a la mitad.

*Figurantes:*

Un espectro, máscaras, soldados españoles, lansquenetes alemanes, eclesiásticos, carceleros e inquisidores.

La acción, en Roma, Valladolid y Cuenca, en la primera mitad del siglo XVI.

## **ACTO PRIMERO**

**Más allá del gran ventanal, el dilatado disco de la luna es vulnerado y roto por la punta de los negros cipreses. Lechosa luz nocturna, apenas aumentada por las mínimas lamparillas de aceite que mal arden a los pies de una «Pietá» opulenta y barroca con florales ofrendas a los lados. La gran cama de cuyo baldaquino penden blancos cendales, es como un pesado navío fantasmal, varado en la penumbra. De ella emerge algún suspiro, el ruido de algún beso o palmada, alguna suave queja, tal vez algún jadeo. Las campanadas de un reloj comienzan a caer con toda lentitud y, sin necesidad de que acaben de sonar, se produce de inmediato un cambio de situación sobre los blandos colchones: la turbación toma la plaza del deleite, y el debate sustituye a los arrullos.**

**MORALES.-** ¡Eh! ¡Eh! ¿No oye, doctor? El reloj de Santángelo, que da las doce. Vamos, arriba.

**TORRALBA.-** ¡Oh, por Dios! ¡Y habré de sacar del horno mi pan sin que se cueza!

**MADONA ROSALES.-** (Alarmada.) ¡Ay, no, no me desamparen! ¡No salgan de la cama mis dos fieros leones!

**MORALES.-** ¡Je, je! Leones, y en la cama, serán camaleones, ¿no es cierto, don Eugenio?

**MADONA ROSALES.-** ¡Y que aún tenga hígados para burlarse!

**TORRALBA.-** ¿Y no es pesada burla, señora, que haya yo de dejar este regalo por acudir al rececho de fantasmas?

**MADONA ROSALES.-** ¡Ay, palomo, no me dejes tú por nada, quédate con tu paloma!

**MORALES.-** ¡Pero qué palomo ni qué pichón! ¡O salimos a escondernos, o no se hace nada!

**MADONA ROSALES.-** ¡No me dejen sola, que moriré de pavor!

**TORRALBA.-** Buen ánimo, madona Rosales, que estaremos apostados a su vera y, como el apuñalado venga, le daremos que sentir.

**MORALES.-** Fía y descansa en el doctor Torralba, que ya te dije que es grandísimo hechicero, y él te ha de librar de esa ánima en pena o lo que fuere, que no te dé más malas noches.

**MADONA ROSALES.-** En siendo eso así, yo haré como me manden, y que Dios me perdone, pero no me hago a ver al señor Torralba como un tal hechicero, siendo tan mozo y con esa cara de claveles, que parece un San Miguel.

**MORALES.-** Pues tan mozo como es, tiene en el caletre todas las mágicas ciencias del Oriente, la Cábala, Quiromancia y cuantos saberes herméticos hay bajo la tierra.

**MADONA ROSALES.-** ¡Jesús!

**TORRALBA.-** No se espante, señora, y tenga por hecho que, con un poco de Nigromancia, me bastará por esta noche.

**MADONA ROSALES.-** Ay, eche cuanta ciencia sea menester en el negocio, señor, no se deje nada en el tintero, siquiera sea por amor mío, que española soy como sus mercedes y estamos en tierra ajena, que nos hemos de ayudar unos a otros. Por mi vida, doctor, que me diga hacia qué parte de España nació.

**TORRALBA.-** En Cuenca nací, señora, para ser su criado.

**MADONA ROSALES.-** Fama de cristianísimo tiene su pueblo, señor. Yo soy de Toledo, ya me ve.

**MORALES.-** Basta ya de plática y acomodémonos, que se pasa el tiempo.

**MADONA ROSALES.-** Ay, a todo me avengo, señores míos, pero miren de no desampararme, que el aparecido es tan temeroso que me hiela la sangre, y como me ve en la cama y en carnes, procura acostarse conmigo.

**MORALES.-** ¡Oh, qué desvergüenza de difunto, y cómo gusta del retozo!

**TORRALBA.-** No tenga miedo mi señora Rosales, que esta noche no ha de ser así. Quédese en la cama como estaba las noches pasadas, y nosotros estaremos a parte, acechando por si viene. Vamos allá, y esperaremos.

**(En tanto que hablaban ambos varones se han ido vistiendo y endosando sus ropas profesionales de doctores, sus negras hopalandas ribeteadas de marta. Se reclina la desnuda cortesana sobre las abultadas almohadas del lecho, y suspira con congoja en tanto que MORALES y TORRALBA se sitúan algo apartados y, sin perder de vista el resto del aposento, platican a media voz y desembocan en la confidencia.)**

**MORALES.-** A esta parte veremos sin que nos vean, no se recele el fantasma.

**TORRALBA.-** ¿Pues no dice que el tal hombre de las puñaladas se presentó anoche, cuando su merced estaba acostado con la mujer?

**MORALES.-** Así es, aunque yo nada vi, sino que ella se puso fuera de sí, dando voces y gritos. Digo yo si no será el ánima de su marido, que la quiere castigar por haberse dado así a la putería.

**TORRALBA.-** Bien pudiera ser, pero lo cierto es que nada sabemos, y en tanto no lo experimentamos, mejor será no aventurar conjeturas.

**MORALES.-** Como esta noche no venga, cierto estoy que mi señor me ha de tratar de borracho.

**TORRALBA.-** ¿Tratar de borracho a quien tiene a su servicio como médico?

**MORALES.-** Igual que si fuese un paje, ni más ni menos. No es hombre de miramientos, su eminencia. El cardenal de Volterra, en cambio, sí que será más cortesano con su gente. En eso, va muy grande diferencia de un italiano a un español.

**TORRALBA.-** Cortesía no le falta, pero mejor está un hombre libre y sin dueño que no con él, que la libertad resulta del albedrío, y no del trato.

**MORALES.-** ¡No, sino quejaos! ¡Miren, el barbilindo! ¡Veinte años mal cumplidos, con el bozo a medio echar, y cáatalo médico de cámara de un cardenal que lo trata como a un amigo, y no como a un criado! ¡Y el señor, se queja! ¡A la edad de su merced, estudiaba yo en Salamanca, comiendo sopa de limosna en la puerta de los conventos! ¡Y ahora, cuando paso mucho de los cuarenta, me considero dichosísimo de haberme acomodado al servicio del cardenal de Santa Cruz, aun cuando no pase un día sin que me ponga la puntera en el trasero!

**TORRALBA.-** El cardenal de Volterra, mi amo, es aficionado a los libros y yo también; por eso le parece a vuestra merced que me trata como a un igual. En cambio, el cardenal de Santa Cruz gusta de las tabernas y también vos: por eso yo creo que os trata de tú por tú, sólo que a la manera tabernaria. Al fin, lo mismo somos y el mismo trato tenemos.

**MORALES.-** ¡Oh, no se diga tal! ¡Quién me diera a mí parecerme al señor Torralba, y tener su reputación! ¡Un grande y verdadero nigromante, brujo, hechicero y mago!

**MADONA ROSALES.-** ¿Qué andan ahí cuchicheando sus mercedes? Ay, hablen en alto que yo les oiga, que en Dios y en mi ánima, estoy temblando toda.

**MORALES.-** Pues cierra la boca, temblorosa, y trágate la lengua, que importa para nuestro negocio estarnos quedicos, sin voces ni ruido.

**TORRALBA.-** (Nuevamente en voz baja, tras el resignado y doliente suspiro de la medrosa.) Bien seguro estoy que aquí estamos para nada.

**MORALES.-** Ya tengo yo notado que mi señor don Eugenio anduvo ayer reacio a creer en esta ánima en pena.

**TORRALBA.-** En ésta o en cualquiera otra, doctor Morales, que son fuerte cosa a nuestros años los cuentos de anímicas.

**MORALES.-** ¡Oh, el descreído, y cómo se echan de ver las lecciones del maestro Cipión y de Maquera!

**TORRALBA.-** No creí que supiese de mis estudios tan por menudo.

**MORALES.-** La fama es gran indiscreta, señor Torralba, y no deja que el mérito se esconda.

**TORRALBA.-** Yo no tengo más mérito que mi buena voluntad y alguna aplicación.

**MORALES.-** No se oculte de mí tras esa humildad y téngame más confianza, que no soy yo ningún inquisidor, sino muy su amigo.

**TORRALBA.-** Como yo suyo, doctor, que en eso no me gana.

**MORALES.-** Si ello es así, ábrame ese pecho y dígame si es cierto que no cree en la inmortalidad del alma, sino que fina y muere cuando perece el cuerpo.

**TORRALBA.-** ¿Eso se dice de mí?

**MORALES.-** No tenga empacho en decirme la pura verdad, mire que soy como su hermano, y a más que aquí no estamos en España, con aquella estrechura de vida y de preceptos.

**TORRALBA.-** Cierto que no, pero vea que aquí estoy en calidad de nigromante, aparejado para conjurar el alma de un difunto, con que por fuerza habré de pensar que el alma sigue viva.

**MORALES.-** ¿Así, y no son cuentos de animicas lo que nos tiene en vela?

**TORRALBA.-** Nos tiene en vela la voluntad de nuestros señores, que acá nos han mandado, y nada más.

**MORALES.-** En fin, veo que yo me quedo sin saber lo que creéis.

**TORRALBA.-** Si he de decir verdad, yo mismo tampoco lo sé, y ahora sí que os hablo con el corazón en la mano. Todo lo he querido saber, he tenido maestros que piensan cada uno a su manera, a todos los he creído, todos me han reputado por su mejor discípulo, y al fin pienso y creo según el viento sopla y me inclinan los humores de mi cuerpo. No sé yo si esta respuesta puede satisfaceros, pero lo cierto es que no tengo otra, así me salve Dios.

**MORALES.-** ¿Y puede un hombre vivir sin saber si es cristiano o qué es?

**(Un alarido de MADONA ROSALES interrumpe el coloquio. Sigue gritando al tiempo que retrocede sobre las almohadas, mirando con horror a las tinieblas del fondo.)**

**MORALES.-** ¡Ahí lo tenemos!

**TORRALBA.-** ¡Chist! ¡Silencio!

**(Ambos doctores, inmóviles, escrutan la oscuridad mientras chilla la cortesana, enloquecida de terror. Poco a poco, se destaca de las sombras una figura que avanza despacio hacia la cama. Puede apreciarse que se trata de un hombre desnudo atravesado por multitud de puñales, de cuyas sangrientas heridas parecen salir a veces pequeñas llamas. Comienza a echarse en la cama, de la que la mujer no puede huir, paralizada por el miedo. Nerviosamente, TORRALBA se hace visible al tiempo que interpela al aparecido.)**

**TORRALBA.-** ¡Quién eres, en nombre de Dios! ¡Dime quién eres y qué buscas! ¡Si eres difunto, di por qué has venido!

**EL ESPECTRO.-** (Al tiempo que retrocede hacia las tinieblas, con voz cada vez más tenue.) Tesoro, tesoro, tesoro. (Desaparece.)

**TORRALBA.-** (Siguiéndole hasta el límite de las sombras.) ¡Espera! ¡No te vayas, espera, dime más! (Se detiene.)

**MORALES.-** (Tras una pausa.) ¿Se ha ido ya el fantasma? ¡Doctor! ¿Se ha ido?

**TORRALBA.-** La oscuridad que lo vomitó se lo ha tragado de nuevo.

**MORALES.-** Yo nada he visto, pero he oído muy bien su voz, que decía tesoro. ¿Qué quiso significar, Torralba? ¿Habrá un tesoro oculto en esta casa?

**MADONA ROSALES.-** ¡Ay, ay, ay, Virgen de las Angustias, ay! ¡Ay, Madre de Misericordia! ¿Sus mercedes lo han visto, lo han visto? ¿Puedo yo sufrir la vida, con este muerto a cada noche?

**MORALES.-** Muda de casa mañana mismo, no quedes aquí ni un día.

**TORRALBA.-** Vamos a dar cuenta a sus eminencias.

**MORALES.-** Lo debisteis conjurar, que se manifestase con mayor claridad. Un conjuro bien fuerte, y hubiera declarado puntualmente lo pertinente a ese tesoro. Mañana hemos de volver.

**TORRALBA.-** ¿Tesoro? ¿Tesoro, dijo? ¿No fue en latín, tesaurus?

**MORALES.-** ¡Tesoro, tesoro! En buen toscano, o en español, que da igual son a ese vocablo.

**TORRALBA.-** Vamos al palacio del cardenal mi señor, que aún durará la velada. Sosiegue, señora, no llore, que por esta noche y a no ha de venir, y vea de dormir un poco. Vamos, doctor.

**MADONA ROSALES.-** Ay, señor, yo muero, yo no puedo vivir así.

**MORALES.-** Mañana, don Eugenio, mañana se ha de conjurar ese ánima, y como haya tesoro en esta casa, nosotros la alquilamos.

**TORRALBA.-** Vamos, señor mío, que nos aguardan.

(Salen.)

(Oscuro.)

(Se encienden los candelabros que alumbran la velada en el palacio romano del que fuera obispo de Volterra y ahora es el cardenal Francesco Soderini, comúnmente llamado CARDENAL DE VOLTERRA. Lo tardío de la hora ha dispersado a los invitados, y sólo quedan, formando un único grupo, algunos pertinaces a quienes un PAJE soñoliento sirve vino en las doradas copas. Rojos damascos y veteadas columnas de mármol que amarillea, rancio, en los bustos de césares que coronan varias peanas. Cuatro son los trasnochadores que aguardan conversando la llegada de la aurora: dos purpurados que se hallan en la cincuentena, de los que uno es el anfitrión, y el otro su amigo DON BERNARDINO LÓPEZ DE CARVAJAL, natural de Plasencia y cardenal de Santa Cruz; los dos restantes son seglares: un viejo maestro médico emigrado español llamado JUAN DE MAQUERA, y un escultor de treinta y cinco años, florentino como Volterra, que vive en Roma empleado por el Papa en tareas de pintura, y que se llama MIGUEL ÁNGEL BUONARROTTI.)

**MAQUERA.-** No hay fantasmas ni espectros en el mundo, sino en los humores melancólicos del que los ve.

**SANTA CRUZ.-** Pues, amigo, la sibila de Endor hizo que el espectro de Samuel se apareciese a Saúl y le profetizase su derrota y su muerte, y eso está en la Escritura de manera que no puede ser sino verdad.

**MAQUERA.-** ¡Je, je! Eran otros tiempos, eminencia.

**SANTA CRUZ.-** Vos negáis en vuestra cátedra la inmortalidad del alma, y eso es grandísimo error, maestro Maquera. Aristóteles os contradice, desde su permanente autoridad.

**VOLTERRA.-** Y Platón con mayor vigor, querido amigo. Un hombre como vos, sin duda que lo sabe.

**MAQUERA.-** Lo he estudiado en Marsilio Ficino, eminencia.

**VOLTERRA.-** Aún así, os mandaré un ejemplar anotado de mi mano, y lo guardaréis como prenda de amistad. (**Reverencia de MAQUERA.**) ¿Y el gran Miguel Ángel? ¿Alarga la noche para tener noticia del Cielo y del Infierno, o para saber si el alma vive después de muerto el cuerpo?

**MIGUEL ÁNGEL.-** Quiero, eminencia, que si esos doctores han visto el fantasma, me digan cómo es.

**SANTA CRUZ.-** ¡Para pintarle un retrato!

**VOLTERRA.-** Para saber de nuevas apariencias y formas, ¿no es cierto? ¿Cuándo terminaréis el techo de la capilla de Sixto IV? Dicen que aún os falta más de un año.

**MIGUEL ÁNGEL.-** Más de dos, eminencia. He prometido al Santo Padre que en el año de mil y quinientos doce dirá allí la misa de Todos los Santos, pero ni un día antes.

**VOLTERRA.-** ¿Se habrá irritado?

**MIGUEL ÁNGEL.-** Sí.

**SANTA CRUZ.-** Más me irrita a mí la tardanza de esos dos pícaros. Apostaré a que se han emborrachado con la Rosales, y entre el vino y la lujuria nos dejan sin dormir, sin fantasma y sin la madre que nos parió.

**VOLTERRA.-** Del doctor Torralba, respondo yo que no ha de hacer una cosa tal. Me sirve desde que vino a Roma a rematar sus estudios, y le conozco bien. Un platonista eminente.

**MAQUERA.-** También yo le conozco, eminencia, que en él tuve un discípulo aventajado y fiel, y sé que no puede seguir el platonismo, sino que sólo cree lo que ve con sus ojos y toca con sus manos.

**SANTA CRUZ.-** Pues que vea y que toque a ese difunto, lo agarre del pescuezo, y le haga confesar por menudo las penas del Infierno que aguardan a los descreídos como vos.

**MAQUERA.-** No hay más Infierno que pasar mala vida en este mundo, señor.

**VOLTERRA.-** Eso quiere decir que el dinero de San Pedro es dinero robado. Maestro Maquera, que no aumenten los que así piensan, porque si dejan de ser una curiosidad para convertirse en un peligro, arderán hogueras en el Campo dei Fiori. Confío en que si llegan esos días de barbarie, sea por lo menos cuando yo no lo vea.

**SANTA CRUZ.-** Roma es ancha, y en ella todo cabe. ¡Ah, señor Maquera, señor Maquera, si esto fuera Sevilla o Toledo! ¡Ya hace tiempo que seríais humo!

**MAQUERA.-** Por eso me vine a Italia, eminencia, como tantos hermanos de colegio.

**MIGUEL ÁNGEL.-** Ahí llegan, vean que son ellos. ¡Señores, les esperábamos con ansiedad!

(**Entran TORRALBA y MORALES.**)

**SANTA CRUZ.-** ¡Pasad, pasad, bribones! ¿Ha dado resultado la vigilia?

**MAQUERA.-** (Algo burlón.) ¿Se dejó ver el espectro, señores?

**MIGUEL ÁNGEL.-** Estamos codiciosos de sus nuevas.

**MORALES.-** (Tras besar la mano o el anillo de su amo.) ¡Oh, mala cosa la codicia, así me salve Dios!

**VOLTERRA.-** (Ofreciendo su mano al beso de Torralba.) Bien, amigo mío, acabemos los saludos y comience la lección.

**MORALES.-** ¿Lección quiere su eminencia? Pues o cambia de maestros, o no sale de doctrino.

**VOLTERRA.-** ¿Cómo es eso? ¿No ha tenido buen suceso la experiencia?

**TORRALBA.-** Ha sido cosa breve y sin gran sustancia, señor.

**MORALES.-** Una perica de San Juan.

**SANTA CRUZ.-** ¿Qué dije yo? ¿Eh? ¡Toda la noche nos han tenido en vela estos belitres, mientras ellos putean con esa cortesana!

**VOLTERRA.-** Dímelo tú ex abundantia cordis, hijo mío: ¿habéis pasado la noche en la lujuria?

**TORRALBA.-** No, mi buen señor, sino en la oración.

**SANTA CRUZ.-** ¿En la oración? Para rezar, mejor hubiéramos mandado un par de capuchinos, que no un nigromante.

**MAQUERA.-** Así que no hubo aparecido ni alma en pena.

**TORRALBA.-** No he dicho yo eso, maestro. Aparecido hubo y yo le vi, aunque con grandísima brevedad.

**(Sensación. TORRALBA atrae repentinamente el interés de los cuatro curiosos, en tanto que MORALES queda relegado.)**

**SANTA CRUZ.-** ¡Cuerpo de mi padre!

**MIGUEL ÁNGEL.-** ¿Cómo era, señor Torralba, cómo era? ¿Le vio la cara? ¿Qué ropas traía?

**TORRALBA.-** Venía desnudo y cosido de puñales, pero algo borroso y vago, que no le vi bien el rostro.

**MIGUEL ÁNGEL.-** ¿Era grande o chico? ¿Mostraba algún color que se notase?

**SANTA CRUZ.-** ¿Y el olor? ¿Os acordáis si olía a cera?

**TORRALBA.-** Era de complexión mediana, y no me acuerdo de olor ni de colores.

**VOLTERRA.-** Soseguémonos, amigos. Sepamos lo que dijo, si es que dijo algo, y luego acudiremos a esos accidentes. ¿Dijo algunas palabras, mi buen Eugenio? ¿Algún aviso?

**TORRALBA.-** Dijo tesoro, señor, y nada más.

**VOLTERRA.-** ¿Y nada más?

**TORRALBA.-** Nada más.

**VOLTERRA.-** Pero eso no es decir nada. Tesoro. ¿Qué quiere significar, qué representa esa expresión en tal circunstancia? ¿No le preguntaste?

**TORRALBA.-** Sin resultado, señor. No dijo otra cosa.

**MORALES.-** Un conjuro, un conjuro faltó. Un conjuro que sujetase al muerto, haciéndole decir cuanto convenga al servicio de sus eminencias. No anduvo ahí Torralba con diligencia, no, así nos salve Dios a todos.

**SANTA CRUZ.- (A Torralba.)** ¿Que no conjurasteis el fantasma? ¿Es cierto eso?

**TORRALBA.-** No hubo ocasión para ello.

**SANTA CRUZ.-** ¿No hubo ocasión decís, señor nigromante?

**VOLTERRA.-** Si él dice que no la hubo, así será. No estarían los astros favorables, o no se pudo hacer por la causa que fuere. No se acose ni apriete a don Eugenio, que él ha cumplido como bueno y no es poco lo que ha hecho, puesto que ha visto un ánima y nos da fidedigno testimonio. Ya sabemos por experiencia sensible que el alma sobrevive, como sostiene el divino Platón.

**SANTA CRUZ.-** Y como es también dogma de fe de nuestra santa religión. ¡Ay, Maquera, Maquerilla, toda tu ciencia se ha ido al Tiber, como la carga de un basurero! ¡Ved, qué callado está! ¡Pediréis mañana perdón a vuestros alumnos, maestro, por los errores que enseñabais?

**MAQUERA.- (Humilde.)** No, eminencia.

**SANTA CRUZ.-** Me lo iba imaginando. ¡La soberbia de los que se alzan contra Dios!

**MAQUERA.-** La duda de los eternos aprendices, señor. ¡Son tantas las veces que los sentidos nos engañan!

**MORALES.-** Pues, ¿no es doctrina de su merced que no hemos de creer sino aquello que se nos entre y emboque por los balcones y ventanas de nuestro cuerpo?

**MAQUERA.-** Aún así, buen Morales, aún así, se ha de desconfiar de simulacros y falsas apariencias, ¿no es cierto, hijo Torralba? ¿Tú qué dices?

**TORRALBA.-** ¿Y qué he de decir, sino que no sé qué decir?

**VOLTERRA.-** Pero, ¿cómo es eso, amigo mío? ¿No estás seguro de tu propia experiencia?

**TORRALBA.-** Yo, señor, a decir verdad, no estoy seguro de cosa alguna.

**SANTA CRUZ.-** ¡Lindo médico!

**VOLTERRA.-** ¿No puedes asegurar lo que tus ojos vieron?

**TORRALBA.-** Bien pudieron mis ojos ver sólo una imagen fraguada por mi mente, eminencia, o un disparate que compusiera mi delirio. Yo ahora no lo sé, no puedo ya decir nada, sino que la cabeza ha empezado a dolerme y lo hace muy recio.

**MORALES.-** ¡Por Dios Nuestro Señor, miren que no hagan caso de este hombre! ¡El muerto vino, que yo oí su voz! ¡Yo, yo la oí con estas orejas! ¡Y también su merced, doctor Torralba, escuchó decir tesoro al propio tiempo que yo!

**TORRALBA.-** Sí, bien pudiera ser, pero no estoy del todo cierto.

**MORALES.-** ¡Oh, Dios, Dios! ¡Ahora dice este falsario que no apareció el fantasma!

**TORRALBA.-** Yo no he dicho tal, sino que no sé si vino o si no vino.

**MORALES.-** Tanto monta decir eso como decir que no vino.

**TORRALBA.-** Pues va gran diferencia.

**VOLTERRA.-** Bien está, no se dispute. La experiencia, señores, no ha dado resultado, y estamos al término de la noche en la misma ignorancia que al principio. Les ruego me perdonen la vanidad con que aseguré que mi médico había de resolver este enigma.

**SANTA CRUZ.-** Si en lugar de mandar allá un sabio hubiéramos mandado un par de ganapanes, a lo menos sabríamos cosa cierta. Ganas me vienen de ir mañana yo en persona.

**VOLTERRA.-** Ha de tenerse en cuenta la reputación de la casa.

**SANTA CRUZ.-** Cuando nuestro buen Papa Julio felizmente reinante era el cardenal de la Rovere, no había en toda Roma una sola casa de putas en que no pernoctase, buscando también el hombre sus fantasmas.

**MORALES.-** ¡Señores, señores míos, que yo les digo que este embaidor vio al difunto como sus eminencias me ven a mí ahora! ¿A qué viene este enredo, traidor? ¿Cómo te atreves a negarlo, grandísimo cabrón, maldito sea tu linaje? ¿Crees que yo aguanto burlas? ¡De mí no te ríes tú, perro judío!

**VOLTERRA.-** Don Bernardino, vea de hacer callar a su criado, que el pícaro se descompone y acabará por deshonorarnos a todos.

**SANTA CRUZ.-** Ya lo has oído, truhán: punto en boca y cuidado con hablar, si no te preguntan. No afrentes a tu amo, sé comedido, borrachón. (**A los demás.**) Es hombre entero, de una sola palabra, y la deslealtad de Torralbica le ha sacado de madre.

**VOLTERRA.-** En negocios de ciencia no hay lealtad que valga, sino discreción y paciencia, y no ha de importar nada que alguna vez se pierda toda una noche velando en balde, que más se perdió en Troya, donde los propios dioses perdieron a sus hijos.

**MIGUEL ÁNGEL.-** Para mí esta noche no ha sido perdida en ninguna manera, sino muy provechosa.

**SANTA CRUZ.-** No sé por qué, pero me lo figuro: no habéis tenido que aguantar las impertinencias de Giuliano della Rovere.

**MIGUEL ÁNGEL.-** Puedo asegurar a vuestra eminencia que, por las noches, me deja tranquilo casi siempre.

**VOLTERRA.-** ¿Y no querrá decirnos el gran Buonarrotti cuál ha sido el fruto que le ha dado la velada?

**MIGUEL ÁNGEL.-** Aunque no sepamos si don Eugenio vio al espectro con los ojos del cuerpo o con las potencias del alma, yo tengo para mí que lo que vio es cosa muy verdadera y de gran enseñanza, aunque no sabría muy bien decir por qué. Que el difunto estuviese desnudo me parece acertadísimo, pues al irnos de este mundo, todo lo dejamos aquí sin que llevemos nada para podernos cubrir, y ya me hago el propósito de representar siempre desnudos a los muertos, que es como en verdad están en todo caso. Y si mis buenos señores no tienen nada que mandarme, me iré a casa, a dormir el rabo de la noche.

**VOLTERRA.-** Despedíos del sueño, ved que la aurora ya se anuncia haciendo palidecer el cielo por lo alto del Esquilino, mirad: ¡la Aurora de rosados dedos! Aquella vaga claridad es ya la luz del sol aunque aún falta un buen espacio para que el sol se vea, y esto me hace pensar en nuestro espectro. Yo quiero preguntar a don Juan de Maquera si el fantasma que el doctor Torralba ha visto pudiera ser alguna suerte de aquellos simulacros que Lucrecio estudia en «De rerum natura», con lo que no siendo el muerto propiamente, sería emanación suya sutilísima, una efigie que vaga por el aire y a veces es visible en ciertas circunstancias, provocando el pavor del que la encuentra.

**SANTA CRUZ.-** Lucrecio es un trasunto de Epicuro, y padre de patrañas y embelecós.

**VOLTERRA.-** ¿Qué piensa el maestro Maquera de mi duda?

**MAQUERA.-** Eminencia, le recuerdo que el propio Lucrecio dice en ese mismo pasaje que en ningún caso los muertos vuelven acá desde el Aqueronte, ni jamás sus sombras vuelan entre los vivos.

**VOLTERRA.-** Cierto que sí, pero yo no hablo ahora de las almas, sino de los simulacros al modo que él enseña. Acordaos que cita algunos de ellos tan claros y groseros como la piel de las cigarras y la camisa de las culebras. ¿Qué te parece a ti, mi buen Eugenio? Vamos, acércate, no estés tan apartado y tan mohíno, que semejas la imagen misma de la congoja.

**TORRALBA.-** Mire, señor, que la cabeza tengo hecha pedazos de tan fiero dolor. Si me quiere hacer merced, déme licencia de irme, por ver si me remedio.

**VOLTERRA.-** Anda, hijo, aderézate tú mismo alguna pócima y métete en la cama.

**MORALES.-** Espere, espere, doctor, déme acá esos pulsos.

**TORRALBA.-** No es menester, señor, que ya tengo yo sabidos mis achaques más que el propio Dioscórides. Sírvanse perdonarme.

**MIGUEL ÁNGEL.-** Descanse, don Eugenio, y repárese, que un día yo quisiera que hablásemos despacio.

**SANTA CRUZ.- (En tanto que le da a besar el anillo.)** Vaya, vaya a dormir el perillán, que a buen seguro que el dios Baco tiene parte en ese dolorcito de cabeza, o no seré yo quien soy.

**MAQUERA.-** No pienses más en esto, amigo mío. Olvídalo cuanto antes.

**TORRALBA.-** Pienso que no podré. Queden todos con Dios.

(Sale TORRALBA. Los demás contertulios prosiguen su plática.)

**VOLTERRA.-** ¿Por qué habéis dicho a Torralba que olvide cuanto antes la experiencia de esta noche?

**MAQUERA.-** No es buena para su salud, eminencia.

**SANTA CRUZ.-** Decid más bien que la tal experiencia os parece una majadería, y por eso le habéis aconsejado que la olvide. Amigo, vos no creéis en nada, salvo en las novedades y disparates que los sabios del día nos predicán. Seguro estoy que, a ellos, los creéis a pie juntillas. Veamos, caballero: ¿qué me dice su señoría acerca de los antípodas? ¿Existen o no existen?

**MAQUERA.-** Forzosamente, señor.

**SANTA CRUZ.-** ¡Forzosamente! ¡Gentes que viven con la cabeza abajo y los pies arriba! ¡Árboles que crecen hacia abajo! ¡El mundo al revés!

**VOLTERRA.-** ¡Por mi vida, don Bernardino, no se maraville tanto, que eso y a no espanta a nadie! Piense que estando todo al revés, no hay al revés nada y todo está al derecho. Para ellos, los antípodas somos nosotros, y nosotros los que estamos al revés.

**SANTA CRUZ.-** ¿Se da cuenta de lo que ha dicho? Roma y la Iglesia, cabeza abajo, para que unos salvajes paganos estén cabeza arriba. Cosa fuerte, aun para dicha en chanza.

**VOLTERRA.-** No hay cabeza abajo ni cabeza arriba, eminencia. Eso quise decir.

**SANTA CRUZ.-** ¿Que no lo hay? Señor mío, la iglesia de Dios está cabeza arriba, y fundada sobre roca. Pero dejemos esto. Vos, Maquerilla, venid que os siga preguntando, no penséis que os vais a escapar. Ya que creéis en los antípodas, ¿qué pensáis de los cinocéfalos?, ¿y de los cíclopes?

**MAQUERA.-** Me temo que son figuraciones sin fundamento, señor.

**SANTA CRUZ.-** ¿Y las sirenas, también son figuraciones?

**MAQUERA.-** También, sin duda.

**VOLTERRA.-** Pero Colón cogió una cuando fue a las Indias, y la puso en salazón...

(Se ha ido debilitando la luz, hasta dejar a oscuras la tertulia, que desaparece. En una pieza abovedada de sucias paredes, se halla instalado el laboratorio de alquimia del viejo FRAY PEDRO, que repasa un venerable infolio acercando sus páginas todo lo que puede a la llama de un negro candilón, y acudiendo después a mirar por la ventana de un athanor de reluciente cobre con el hogar a media mecha. Confronta otra vez el mamotreto con peligro de hacer que ardan sus carcomidas hojas con la llama del candil, y luego se abstrae. Un mandil de cuero protege su hábito de dominico. Dubitativo, se acerca de nuevo al athanor para echar otro vistazo. Entra TORRALBA, que se detiene.)

**FRAY PEDRO.-** (Que continúa inclinado sobre la mirilla del athanor.) ¿Quién anda ahí?, ¿eres Eugenio?

**TORRALBA.-** Sí, maestro.

**FRAY PEDRO.-** (Sin dejar de mirar.) Ven, ven aquí. Mira esto, y dime si ves lo que yo veo.

(TORRALBA se acerca, el anciano fraile se incorpora, y le apoya la mano en la espalda y hombros, ayudándole innecesariamente a que se aproxime e incline frente a la abertura del aparato.)

**FRAY PEDRO.-** ¿Qué ves? ¿Eh?

**TORRALBA.-** Veo la materia mezclada, maestro, en la fase el negro. El cuervo, como se dice en el arte.

**FRAY PEDRO.-** ¿Nada más? Fija, fija bien tu atención, a ver si hay algo más. ¿Ves algo?

**TORRALBA.-** Lo de siempre, la materia pútrida.

**FRAY PEDRO.-** ¡Quita, quita de ahí! ¡Lo de siempre! (**Aparta a TORRALBA y mira de nuevo él.**) Un punto blanco, un punto blanco en medio del huevo, por encima de la materia. Ahí está, por vida del Gran Turco. Ahí está desde ayer, y ni Augurelli ni nadie dicen una palabra de él. Vamos, neoplatónico, mira otra vez con más cuidado, que lo veas tú también. (**Se aparta, y coge de un brazo a TORRALBA atrayéndole al athanor, por cuya ventana mira éste.**) ¿Lo ves o no lo ves? Blanco brillante, en medio del huevo y como suspendido en el aire.

**TORRALBA.-** (**Sin ningún entusiasmo.**) Sí, y a veo (**FRAY PEDRO se estira.**), parece un brillo del vaso... (**FRAY PEDRO se encoge.**) Yo creo que es un reflejo de luz, maestro...

**FRAY PEDRO.-** ¡Aparta, descreído! ¡Y había de aparecer ayer, después de veintisiete días! ¡Un reflejo! (**Cierra la mirilla.**) Bien se echa de ver que ahora es Maquera tu maestro, hijo, que ya no crees en nada.

**TORRALBA.-** Sí creo, maestro.

**FRAY PEDRO.-** ¡No me llames maestro! ¿En qué crees ahora? (**Pausa.**) Vamos, habla, ¿en qué crees?

**TORRALBA.-** No lo sé fray Pedro, no sé lo que creo, que Dios me ayude. No hará dos horas que decía esto mismo al doctor Morales.

**FRAY PEDRO.-** ¿Al médico del cardenal de Santa Cruz? ¿A ese borracho? Bien está. Así que también tienes más confianza con ese rústico gañán que conmigo. Dejaste primero mis lecciones por irte tras las de Maquera, Cipión y el moro Alfonso, y ahora también Morales, a lo que se ve, vale más que yo, que te confiesas con él antes que con fray Pedro.

**TORRALBA.-** ¿Confesarme? Más plática era de taberna que no de amistad.

**FRAY PEDRO.-** Para el caso, tanto da. ¡Lindo sabio estás hecho! Te encajas en la cabeza en cuatro días todos los saberes de Roma, y acabas sin saber si crees o no crees en cosa alguna. Bien está, galán, bien está. Me dirás siquiera por qué has escogido la hora del gallo para bajar a mi agujero.

**TORRALBA.-** Estaba en la velada del cardenal y, por no poder sufrir el parloteo sobre simulacros y demás curiosidades, he fingido un achaque y me he venido.

**FRAY PEDRO.-** ¿Fingido, dices? No traes tú la cara de un enfermo fingido.

**TORRALBA.-** Tengo algo de fiebre, pero no es mucha cosa, si considero que he visto un fantasma a media noche.

**FRAY PEDRO.-** ¡Jesús! Mira lo que dices, hijo.

**TORRALBA.-** A lo menos, pienso haberlo visto.

**FRAY PEDRO.-** ¿Y dónde ha sido? ¿En tu aposento?

**TORRALBA.-** No, sino en el de la cortesana madona Rosales, una española.

**FRAY PEDRO.-** Ya, ya he oído hablar de ella. Está Roma llena de esa mala simiente de nuestra tierra. Malos pasos andas, Eugenio.

**TORRALBA.-** ¿Por qué son malos mis pasos, padre? ¿Por visitar una cortesana o por ver un difunto?

**FRAY PEDRO.-** Chancéate y búrlate cuanto quieras, pero llevas mal camino, bien lo sabes tú. Pudiera ser la fiebre resultas del fantasma, o pudiera ser el fantasma resultas de la fiebre, y que la fiebre hubiera venido del estrago y batalla de tu conciencia.

**TORRALBA.-** En este tiempo de verano, casi todos andamos en Roma con nuestras puntas de fiebre y sin daño mayor, que ya estamos hechos.

**FRAY PEDRO.-** Pero no todos andan viendo fantasmas por la noche.

**TORRALBA.-** ¿Y no me pide que le dé cuenta de su figura y palabras?

**FRAY PEDRO.-** Pienso que te anunció que se pierde tu alma.

**TORRALBA.-** Pues piensa muy mal, reverendo. Sólo dijo tesoro.

**FRAY PEDRO.-** ¿Tesoro? Mira si no acerté de medio a medio. Esa palabra representa tu alma.

**TORRALBA.-** Je, je. Mi alma preciosa como el oro, enterrada y oculta bajo mis pecados.

**FRAY PEDRO.-** ¿Por qué finges que ríes, cuando se ve a la legua que estás para llorar?

**TORRALBA.-** No soy ningún llorón.

**FRAY PEDRO.-** Ojalá lo fueras, que con menos orgullo no te agarrarías de esa suerte a tus yerros.

**TORRALBA.-** No entiendo lo que me quiere decir, fray Pedro.

**FRAY PEDRO.-** Mucho tiento pones en no llamarme maestro, que ni una vez te has descuidado.

**TORRALBA.-** Me lo vedó hace nada.

**FRAY PEDRO.-** ¡Otras muchas cosas te he vedado, y no me has hecho caso! ¿Me obedeciste cuando te vedé acercarte a Maquera y a Cipión? ¿Y al maestro Alfonso, ese moro judío que se muda de religión mil veces más que de camisa? ¿Qué fe tiene ahora ese veleta, si es que lo sabes?

**TORRALBA.-** Creo que ninguna, pero es un hombre bueno y gran sabio.

**FRAY PEDRO.-** Así que no tiene religión alguna, igual que un perro. ¿Y a ti te pasa lo mismo, Torralbica? ¿Has dado ya en la flor de no creer nada, como todos esos maestros tuyos?

**TORRALBA.-** A veces pienso que sí, pero entonces me siento tan mal que se me parte el corazón y pierdo la cabeza. Y en pasando a una iglesia, me sosiego y me vuelve la paz.

**FRAY PEDRO.-** ¿Pierdes la cabeza, dices? Algo así me iba yo sospechando, por eso dije que llevas mal camino.

**TORRALBA.-** ¿Es mal camino que me pese y me duela de dejar el Dios de mis padres?

**FRAY PEDRO.-** ¿Tus maestros descreídos sienten también ese dolor que tú sientes?

**TORRALBA.-** No, por cierto. Ellos tienen más entereza.

**FRAY PEDRO.-** Nunca, nunca debiste venir a Roma.

**TORRALBA.-** ¿Porque no se perdiera mi alma?

**FRAY PEDRO.-** Ni tu alma ni tu juicio, que se ha ido a pique con ella.

**TORRALBA.-** Así que todo para en llamarme mentecato.

**FRAY PEDRO.-** Tu cabeza no puede sufrir la contienda entre lo que en España estudiaste de chico y lo que en Roma estudias de grande.

**TORRALBA.-** No soy yo el único que ha venido y sufre esa contienda, otros lo han hecho. Tú mismo.

**FRAY PEDRO.-** Gentes de juicio más recio. El tuyo es como un cristal mucho más claro y fino, pero muy delicado y fácil de quebrar. Tú no serás nunca Maquera, desengáñate. Tú no puedes cambiar de lengua y costumbres, de vida y de fe, como quien sorbe un huevo. Eres más honrado y por eso te duele, porque algo dentro de ti se está rompiendo.

**TORRALBA.-** ¿Y así, qué piensas tú que debo hacer? ¿Dejar de estudiar?

**FRAY PEDRO.-** Volverte a ti mismo, Eugenio, volver los ojos a lo que cuando muchacho te enseñaron con la leche que mamaste, mira que ahí están tus raíces y ahí tienes tu asidero que no has de soltar. Acuérdate de tu padre y de tu madre, de tu linaje de cristianos viejos allá en Cuenca, de aquella vida cabal y honrada. Mira que ese es el cimiento y fundamento tuyo, que te dirá siempre quién eres, y no te perderás ni perderás tu juicio y tu sustancia.

**TORRALBA.-** ¡Por Dios, maestro! ¿Qué me estás aconsejando? ¿Vale más la simplicidad y la oscura ignorancia de la vida en Cuenca que la luz y la sabiduría de Roma, que es centro de las ciencias y cabeza de la iglesia? Explícate mejor, mira que no te entiendo.

**FRAY PEDRO.-** Miro que sí me entiendes, y harto me he explicado. A mis pajas me voy a tender estos viejos huesos, que cada día son más flacos. Adiós queda y mira de hacer otro tanto, que durmiendo no se peca. **(Sale.)**

**TORRALBA.-** Durmiendo no se peca. Mejor durmiendo en mi tierra que despierto aquí, ha venido a decirme. Para esto tanto trabajo, tantos años gastados en balde. Para volver a estar donde al principio. Quién me había de decir a mí, cuando me vine a Roma de muchacho, que al cabo de los años de estar aquí estudiando, me iba a encontrar precisando lo que entonces tenía y ya no tengo. Que me acuerde de Cuenca. Y es verdad que, en tanto tiempo, he pensado en ella apenas nada, aunque por dentro de mí bien se me revolvía su recuerdo sin que yo lo advirtiese. Todo cuanto allí dejé, dejado se quedó y abandonado, como un vestido viejo. Y ahora me hallo volviendo a ti los ojos, patria mía, mi ciudad enrocada en la altura como un cristal de piedra; ahora soy un enfermo que busca salvación en tu pureza. Más valen tu aire claro y limpio cielo que el aliento malsano del Campo Tiberino; cuánto mejor es la sencilla ignorancia de tu honrada gente que la orgullosa ciencia de estos sabios impíos y paganos. ¿Pienso de veras esto? ¿Es Roma una moderna Babilonia que desvanece mi espíritu y he de buscar salvarme en la sancta simplicitas de Cuenca? Renunciar a la ciencia por salvar la razón, dice el maestro, pero yo no veo de qué vale la razón sin la ciencia. En mi alma piensa fray Pedro, que no en mi razón, esto es más manifiesto, y así debo mirarlo: el alma o la ciencia. ¿No se pueden guardar ambas cosas? Las academias y cátedras de Roma, que me dan la ciencia, o el castillo de aire duro de Cuenca, que me guarda y me refugia el alma. Se precisa elegir, y mi cabeza elige Roma, sin duda, pero mi corazón está dividido, sin saber lo que ha de hacer. El marrullero fraile se ha ido de propósito para dejarme a solas en esta confusión. Que me acuerde de mis cimientos y raíces, que ellos me dirán quién soy. Así que, sin disputa, soy el de Cuenca. Pero, ¿qué hice yo en Cuenca, sino ser parido y jugar de muchacho? ¿Es eso más notable y señalado que mis estudios y trabajos de Roma? ¿Por qué habré de ser el de Cuenca, donde están mis raíces, y no el de Roma, donde tengo mis ramas y mis frutos? Esto debió decir el fraile socarrón antes de irse a dormir, y entonces mereciera el nombre de maestro, así le lleve Satanás. ¡Viejo taimado y marrullero, hipócrita!...

**FRAY PEDRO.- (Desde la puerta por la que salió.)** No sigas, amigo, no te ensañes conmigo, que no es justo.

**TORRALBA.-** ¡Por Dios, maestro, qué dice! ¡Yo, ensañarme!

**FRAY PEDRO.-** No mientas, pícaro, que bien te he oído, y aunque no te oyera, sé cómo te respiran los ijares. Andas caviloso igual que un asno sin saber si te conviene la paja o la cebada, y ya que mi autoridad no es bastante para que sigas mi consejo, acá te traigo a otro de más campanillas que yo, y tú verás lo que haces.

**TORRALBA.-** Yo haré siempre tu voluntad y tu gusto, maestro, pero te pido que me ayudes.

**FRAY PEDRO.-** ¿Que te ayude yo, siendo tú tan gran sabio? A ti no te puede ayudar sino un ángel al menos, y eso es lo que aquí tengo aparejado para ti. **(Hacia el interior de donde salió.)** Ven, Zaquiel.

**TORRALBA.-** Maestro...

**FRAY PEDRO.-** ¡Ssst!

**(Precedido por una irreal claridad, ZAQUIEL viene por la puerta que utilizó FRAY PEDRO. Es una especie de andrógino, un adolescente de aspecto femenino, que viste de cendal rojo con sobrevesta negra.)**

**FRAY PEDRO.-** Aquí lo tienes, un espíritu celeste como un clavel. Tú verás que todas tus melancolías y tus devaneos con el demonio se arreglan de maravilla, como él quiera hacerte merced.

**ZAQUIEL.-** ¡Y cómo si quiero! ¿Este es el españolito que anda tras las doctrinas malas? ¡Per Bacco, y qué lindo es! ¿Le tienes mucho amor, fraile?

**FRAY PEDRO.-** Tanto como si fuese mi propio hijo unigénito. Oh, Zaquiel, yo te ruego y te pido de gracia que te vuelvas a él y le guardes la fe y el amor que conmigo tienes desde que te conocí.

**ZAQUIEL.-** Queda tranquilo, que yo lo haré como pides y así te lo prometo.

**FRAY PEDRO.-** ¿Has oído, Torralbica? ¿Has oído las palabras de este espíritu superior? ¡Cuéntate por salvo y por seguro, hijo mío!

**TORRALBA.-** Yo lo creo todo de buen grado, maestro, pero en qué manera este mancebo me vaya a dar a mí esa salvación o seguridad que dices, no acabo de entenderlo.

**FRAY PEDRO.-** Ni tampoco es menester que lo hagas, galán. ¡Acabar de entender, ahí es nada! ¡Acude un espíritu celeste a ponerse a su servicio, y aún el niño hace ascos! ¡No acabo de entenderlo! ¡Andad allá noramala, que siempre seréis el mismo y nunca hais de estar satisfecho!

**ZAQUIEL.-** No se enoje, no se enoje el frailecico, que no hay para qué. Deje a mi cuidado el negocio del doctor, que yo lo despacharé como un ángel. Con que vuélvase a su cama, que en manos está el pandero que lo sabrán bien tañer.

**FRAY PEDRO.-** En mejores manos no puede estar, en verdad. Al punto te obedezco, mi buen Zaquiél. Y tú, buen mozo, aquí te quedas con esta inteligencia superior; pregúntale lo que precisas, y él te contestará. Pero sé cortés y mira cómo le tratas, que no es ningún arriero.

**TORRALBA.-** Lo sé, maestro, no te inquietes ni temas nada.

**FRAY PEDRO.- (Saliendo.)** ¿Que no tema nada? En la vida siempre hay que temer algo, valentón. Acuérdate de lo que te he dicho, mira de ser cortés. **(Sale.)**

**ZAQUIEL.-** Muy grosero has de ser, para tanto recomendarte cortesía.

**TORRALBA.-** Tuve buena crianza.

**ZAQUIEL.-** Apedreando gatos por las calles de Cuenca, ya lo sé.

**TORRALBA.-** ¿Te lo ha dicho fray Pedro?

**ZAQUIEL.-** No preciso yo que fray Pedro me diga las cosas, soy yo quien se las dice a él. Cuidado con reírte.

**TORRALBA.-** No me río.

**ZAQUIEL.-** Sí te ríes. Dime, ¿qué piensas que soy yo, por quién me tomas?

**TORRALBA.-** Tienes la traza de un mozo despejado.

**ZAQUIEL.- (Ríe.)** Pues mi traza engaña, que yo no soy hombre ni mozo ni viejo. ¿No oíste a tu maestro nombrarme como espíritu?

**TORRALBA.-** Y.. ¿y es cierto que lo eres?

**ZAQUIEL.-** De los más principales.

**TORRALBA.-** ¡Jesús!

**ZAQUIEL.-** Soy un espíritu del género de los demonios.

**TORRALBA.- (Santiguándose.)** ¡Jesús, Jesús!

**ZAQUIEL.-** Guarda esos espantos para las lavanderas del Trastevere, gañán, que me estás ofendiendo. Mira que en diciendo demonio, quiero significar espíritu superior a la manera de Jámblico.

**TORRALBA.- (Temblando.)** ¿Y... y cómo es esa manera?

**ZAQUIEL.-** ¿Es posible que no lo sabes? Daemones sunt superiores heroibus, et ministri deorum tanquam architectorum in opificio mundano. **(Irónico.)** ¿O es que tú, platonista eminente, nada sabes del demonio que Sócrates tenía?

**TORRALBA.-** ¿Así, tú no eres un espíritu perverso para hacer mal ni daño a este pecador?

**ZAQUIEL.-** Mi nombre es Zaquiél, y no precisas más para conocerme si has estudiado la Cábala judía.

**TORRALBA.-** Ahí se dice que Zaquiél es el octavo ángel del Altísimo.

**ZAQUIEL.-** Y es muy cierto, ése soy yo. Ya sabes con quién hablas.

**TORRALBA.-** ¡Dios del Cielo! Ahora veo por qué mi maestro me previno que no es un arriero.

**ZAQUIEL.-** ¿Tengo yo acaso talle de arriero?

**TORRALBA.-** Que Dios Nuestro Señor me tenga de su mano, no sé qué decir. Quisiera yo saber cómo se ha de hablar a un ángel tan principal.

**ZAQUIEL.-** Hazlo llanamente, como lo harías a un amigo.

**TORRALBA.-** Pienso que esto es sueño y que he de despertar.

**ZAQUIEL.-** Pregúntame lo que te acomode, ¿no hay nada que quieras saber?

**TORRALBA.-** Muchas cosas quiero saber, pero ninguna se me ocurre. Dime de dónde has venido.

**ZAQUIEL.-** He venido de la India alta, que señorea el Preste Juan. Es buena tierra, de muy cristiana gente.

**TORRALBA.-** ¿Vienes de ahí, de cierto? Estoy en aprensión de que sea mi propia cabeza el sitio del que vienes.

**ZAQUIEL.-** Tengo muchas posadas y una de ellas es ésta, pero lo más del tiempo habito donde antes dije. Pregúntame otra cosa.

**TORRALBA.-** Otra cosa... Dime si es verdad el fantasma que he visto, o si fue ilusión mía.

**ZAQUIEL.-** Un hombre fue muerto y enterrado en esa mala casa donde nunca jamás has de poner los pies, y mira que no preguntes más de ese negocio ni lo traigas siquiera a tu memoria.

**TORRALBA.-** El mismo apercebimiento me ha hecho el maestro Maquera.

**ZAQUIEL.-** Ni ése ni los que son como él han de ser nunca más tus maestros.

**TORRALBA.-** ¿Entonces, quién? ¿Fray Pedro? ¿He de volver a Cuenca?

**ZAQUIEL.-** Yo te contentaré, pues sé que eres curioso de conocer y averiguar las novedades, y esa curiosidad quiero satisfacer haciendo que conozcas y sepas antes y mejor que otro ninguno los políticos sucesos que tocan a príncipes y ciudades; he de darte noticia de todas las provincias de África y Europa, y los hechos y casos de fortuna o desgracia para ejércitos y repúblicas los conocerás con tal presteza cual si mirases al mundo desde la esfera de Júpiter. Más valiosos serán para los reyes tu aviso y tu consejo que el oro y que las perlas.

**TORRALBA.-** Yo, Zaquiél, si he de hablarte en conciencia, ese conocimiento que me dices no entiendo cómo pueda ser, ni qué quiere decir.

**ZAQUIEL.-** ¿Hay cosa más simple? Si yo te digo que en la mañana pasada el conde don Pedro Navarro tomó a Trípoli por asalto con grandísimo estrago de los moros, y que en esta hora de la madrugada todavía los soldados españoles no han terminado de repartirse los ricos despojos de la ciudad, ¿no eres sin duda el primero en Roma y en Italia que lo sabe? ¿Quién lo ha sabido antes?

**TORRALBA.-** ¿Y así ha sucedido de cierto como dices?

**ZAQUIEL.-** Puntualísimamente. ¿Ves ahora y entiendes que es cosa nunca vista el poder que te ofrezco? Va grande diferencia de saber estas cosas cuando todos a saberlas primero. Si hoy estuvieras en España cerca del señor rey don Fernando o del cardenal Jiménez de Cisneros, ¿qué albricias ni qué honra no te hubieran dado por tal nueva?

**TORRALBA.-** Oh, Zaquiél, eso que me dices, de mi propio corazón parece nacido y de mi propio gusto. Cierto estoy que no es la esperanza de recompensa, sino mi natural inclinación, la que me manda que ayude a mi legítimo rey en sus empresas y, campañas. Su más calificado consejero he de ser y su más cercano ministro.

**ZAQUIEL.-** Calla, que llega el cardenal tu amo.

**(Ambos guardan silencio, mirando a la puerta. TORRALBA permanece inmóvil, en tanto que ZAQUIEL se desliza discretamente a una zona en penumbra donde es menos visible. Entra VOLTERRA sosteniendo un candelabro y arrastrando sus púrpuras talares. Empuja la puerta del laboratorio y se detiene, en tanto que TORRALBA, en medio de la estancia, se inclina profundamente y permanece inclinado hasta que habla el cardenal. Pausa.)**

**VOLTERRA.-** Al no verte en tu aposento, pensé que aquí estarías con tu amigo alquimista.

**TORRALBA.-** Fray Pedro está durmiendo, señor.

**VOLTERRA.-** A lo que se ve, tu dolor de cabeza pasó pronto.

**TORRALBA.-** Vine en busca de remedio y parece que Nuestro Señor me trajo de su mano, pues lo hallé tan consumado y excelente como nunca pude pensar.

**VOLTERRA.-** ¿Y puedo yo saber cómo es eso? ¿Cuál es el tal remedio extraordinario que aquí hallaste?

**TORRALBA.-** A la vista está de su eminencia, véalo. (**Corta pausa.**) Pero, señor, ¿no ve este mancebo gallardo que está a mi lado?

**VOLTERRA.-** (**Ambiguo.**) Estoy suspenso, que no me acuerdo de él.

**TORRALBA.-** Bien sé que ahora no me ha de creer, que no es para creído. Y, sin embargo, Dios es testigo de que digo verdad en decir que este amigo tan mozo es un espíritu puro, señor; un espíritu bueno que se nombra Zaquiel.

**VOLTERRA.-** ¿Un espíritu dices, Torralba?, ¿no te burlas?

**TORRALBA.-** No me salve Dios, si miento. Un demonio platónico, eminencia, ni más ni menos.

**VOLTERRA.-** ¡Corpo di Bacco, un demonio platónico! ¡Como el que tuvo Sócrates!

**TORRALBA.-** ¡Justamente, señor, así lo dijo él mismo con las propias palabras! Por mediación de fray Pedro ha venido esta noche, y de gracia se ha puesto a mi servicio por el tiempo que me dure la vida.

**VOLTERRA.-** Me espanta tu fortuna, Torralba, ¿quién no te envidiará? ¡Con qué poco trabajo tendrás ahora en tu mano los más hondos misterios de la ciencia!

**TORRALBA.-** Y mucho más que eso, eminencia. Zaquiel me ha prometido que me dará noticia de los públicos sucesos con tal puntualidad y antelación, que no habrá para príncipes y reyes consejero de más provecho que yo. ¿No es así, Zaquiel?

**ZAQUIEL.-** Así es.

**TORRALBA.-** ¡Oh, Zaquiel! ¿Sólo eso dices? Sé más parlero, manifiéstate por menudo a su eminencia, que pueda conocerte. Es un príncipe de la casa Soderini, que gobierna Florencia, ¿no podrías revelarle algún suceso de fortuna política que toque a su interés o su ganancia?

**ZAQUIEL.-** Antes de que pasen tres años, uno de sus enemigos los Médicis ha de sentarse en la silla de San Pedro, en tanto que en Florencia, su casa y su familia caerán hasta más bajo que el polvo de la calle.

**TORRALBA.- (Tras una pausa, estupefacto.)** Zaquiél, pero qué has dicho. Qué has dicho, Zaquiél.

**ZAQUIEL.-** He dicho la verdad.

**VOLTERRA.-** Eugenio, estoy cansado y preciso recogerme. También tú debieras acostarte y dormir.

**TORRALBA.-** Señor, aún no lo he decidido, pero si me diese licencia para viajar a España a fin de dar avisos útiles a mi rey don Fernando sobre las cosas de la guerra con los moros de las plazas de África, ¿podría darme vuestra eminencia cartas con que presentarme al cardenal Jiménez de Cisneros?

**VOLTERRA.-** Excusada es la pregunta, amigo mío. Pero antes de dar un tal paso como ése, conviene que mires mucho lo que haces, y consideres que España no es Italia, y es muy otra la opinión de los demonios platónicos y cosas semejantes en uno y otro sitio. Voy a la cama, hijo. **(Dándole la mano a besar.)** Tú piénsalo, piénsalo despacio, que ya hablaremos de esto. Es menester mucha prudencia. **(Sale y sube la escalera.)**

**TORRALBA.- (Tras corta pausa, preocupado.)** Zaquiél, ¿qué te parece mi amo?

**ZAQUIEL.-** Te quiere más que tú a él.

**TORRALBA.-** Al principio no te veía, y aún después no sé si te ha visto de cierto o lo ha fingido. ¡Y ese tema de la prudencia, lo mismo que fray Pedro!

**ZAQUIEL.-** Los viejos son de suyo desconfiados y recelosos.

**TORRALBA.-** Zaquiél, contéstame con verdad. ¿Ha estado aquí el cardenal real y ciertamente? ¿No habrá sido todo una máquina y embeleco de mi imaginación?

**ZAQUIEL.-** ¿Eso piensas?

**TORRALBA.-** No lo pienso, sino lo temo. A veces no sé muy bien en donde acabo yo y empieza el mundo.

**ZAQUIEL.-** No hay frontera cierta. El mundo universo está todo él dentro de tu pensamiento, y así debe ser. No te turbes por eso. Ven, siéntate aquí (**Lo conduce al sillón.**), apoya la cabeza, que reposes. (**Le acerca los dedos a la frente.**) La noche ha sido trabajosa y cansada.

**TORRALBA.-** Estoy hecho pedazos (**Cierra los ojos.**), estoy muerto. (**Los abre, soñoliento.**) ¿Porqué precisamos prudencia, Zaquiél? ¿En qué peligro estamos?

**ZAQUIEL.-** Duerme, duerme tranquilo. Fíate de mí.

(Oscuro.)

(Valladolid, 6 de mayo de 1527. En una amplia estancia sobriamente amueblada, una cama con dosel tiene cerradas las negras cortinas y, frente a ella, un altar arrimado al muro muestra una abigarrada decoración piadosa en la que predominan los labrados bronce y platerías, y las flores frescas de la estación. El resto del aposento ofrece un contrastado equilibrio entre las encaladas paredes y las oscuras vigas y muebles de madera tallada. La reina viuda de Portugal DOÑA LEONOR DE AUSTRIA enciende por sí misma un candelabro aplicando la pajueta a sus cinco velas de cera, en prevención de la inmediata caída de la noche. Es una mujer aún joven, alta y rubia, que acusa ligeramente el mentón adelantado que marca y señala a los de su estirpe. Sentado ante una mesa sobre la que hay varios ingredientes en papeles y redomas, el doctor EUGENIO DE TORRALBA machaca algo en un mortero suavemente, con el mínimo ruido, comprimiendo sin golpear con movimientos medidos y casi ritualizados. Es un hombre que tanto por su físico, menos juvenil, como por su talante más reposado y sombrío, refleja el tiempo que ha pasado por él desde la última escena. Procedentes de fuera, se oyen a veces lejanas ráfagas de bullicio popular.)

**DOÑA LEONOR.-** Se está haciendo de noche y cada vez hay más máscaras en la calle. Parece que estemos en Carnestolendas.

**TORRALBA.-** Deje, no encienda vuestra alteza, yo lo haré.

**DOÑA LEONOR.-** Seguid majando, doctor, que yo atenderé a las luces. En algo habré de ocuparme, en tanto los criados están de fiesta. ¿No acudís vos a la mascarada?

**TORRALBA.-** Ya no estoy en edad, señora.

**DOÑA LEONOR.-** En vuestros años y estado, no hay hombre viejo. Más mozo es un soltero de cuarenta que no una viuda de treinta.

**TORRALBA.-** Vuestra alteza no tiene treinta años.

**DOÑA LEONOR.-** Bien poco me falta, así que déjense los halagos.

**TORRALBA.-** Esto es hecho, y ya está bien ligado. **(Vierte en un blanco lienzo el contenido del mortero.)** ¿También la condesa de Aytona se fue de máscaras?

**DOÑA LEONOR.-** No queda nadie de mi gente, y a la de la emperatriz no quiero llamar, con que habréis de véros las con mi pierna sin otra compañía. ¿No se dice que el médico es tal que el confesor?

**TORRALBA.-** De los demás no sé, pero de mí es bien cierto y seguro.

**DOÑA LEONOR.-** **(Se sienta y sube la falda para descubrir una pierna; baja la media, y aparece una venda colocada junto a la rodilla.)** ¿Es verdad que vuestro diablo no os da licencia de tener trato con mujeres?

**TORRALBA.-** **(De hinojos ante su paciente, quitándole la venda con cuidado.)** No es un diablo, señora, sino un espíritu bueno. No duele, ¿verdad?

**DOÑA LEONOR.-** No, que tenéis manos de arcángel. A ver, cómo está. Mejor que ayer, ¿no es cierto? Ya han cerrado del todo las heridas pequeñas, y las de los colmillos están más chicas.

**TORRALBA.-** Si tengo licencia de hablar, vuestra alteza es grandísima imprudente.

**DOÑA LEONOR.-** ¿Por ir de cacería con la Corte?

**TORRALBA.-** Por acercarse a un perro recién desventrado de un jabalí.

**DOÑA LEONOR.-** No era un perro cualquiera, doctor, sino «Numa», el predilecto de mi hermano el emperador. ¡Quién podría pensar que resultase ser un tal traidor! Al punto lo remató un montero, y muerto mostraba los dientes manchados de la sangre de Austria.

**TORRALBA.- (Lavando la herida con un paño que moja en un aguamanil.)** En defensa de esa sangre diera yo hasta la última gota de la mía, y vos hacéis que os la derrame un perro. En pasando unos días, excusaremos la venda.

**DOÑA LEONOR.-** ¿No quedará marca ni señal? Vea que he de casar con el rey Francisco de Francia, y es hombre que mira el primor de las mujeres tanto y más que el de los caballos.

**TORRALBA.-** A mi cargo queda que los franceses no tengan queja de mi señora.

**DOÑA LEONOR.-** No hay otro médico como vos en la Corte, todos lo dicen y dicen verdad.

**TORRALBA.-** Sé que no pocos me tachan de loco.

**DOÑA LEONOR.-** Eso, señor mío, es por causa de vuestro diablo, o espíritu, o lo que fuere. Para unos sois hechicero, loco para otros, y médico sin segundo para todos.

**TORRALBA.-** Que yo sirva a vuestra alteza en manera que esté siempre satisfecha, y lo que digan de mí los señores de la Corte no se me dará un ardite.

**DOÑA LEONOR.-** Señor Torralba, más satisfecha estuviera yo de vos si tuvierais menos trato con demonios y más devoción.

**TORRALBA.-** ¡Por Dios, señora! Yo soy buen cristiano y cumplo los preceptos de la Iglesia lo mejor que puedo y sé.

**DOÑA LEONOR.-** Dios os lo premiará, pero creedme si os digo que ese espíritu vuestro, como vos le llamáis, no os da buena opinión.

**TORRALBA.-** Alteza, por muchos años he estado en Roma entre cardenales y príncipes de la Iglesia, y nunca Zaquiel menoscabó mi crédito y fama, sino muy al contrario.

**DOÑA LEONOR.-** Pero, don Eugenio, ¿y que tienen que ver Roma y sus libertades con España y sus estrecheces? ¿Es que vos, que habéis tanto tiempo vivido en uno y otro sitio, no echáis de ver ninguna diferencia?

**TORRALBA.-** Harta diferencia hay, señora.

**DOÑA LEONOR.-** Pues tenedla en cuenta, y no viváis aquí con los usos de Italia. Mirad que al que sea sabio ilustre, aunque tenga ribetes de hechicero, en Roma le cubrirán la cabeza con ramas de laurel, y en España los pies con ramas de leña. Con que, mi buen Torralba, si queréis un consejo, despedid a vuestro demonio y, si es bueno como decís, que se vaya con Dios.

**TORRALBA.-** ¡Oh, señora, señora, cómo podré yo hacer una cosa tal!

**DOÑA LEONOR.-** ¡Y para remate, esa porfía en querer adivinar y dar aviso y noticia de sucesos contingentes y remotos! ¿Es que tenéis gusto en señalaros de brujo? ¿Es eso lo que queréis?

**TORRALBA.-** No quiero ni más ni menos que servir los intereses de su majestad imperial, mi rey y señor natural y hermano vuestro. Y si alguna vez yerro, suplico que se me perdone.

**DOÑA LEONOR.-** Y se os perdona, doctor, pero considerad que anunciasteis que sobre Roma caerían calamidades sin cuento, me importunáis para que se lo diga a mi hermano, y a otro día de decírselo nos llegan noticias de que el Santo Padre se aparta de la liga contra España, devuelve sus bienes a los Colonna, da setenta mil escudos para pagar el ejército imperial, y ha licenciado sus tropas. ¿A esta paz venturosa llamáis vos calamidades sin cuento?

**TORRALBA.-** Créame, señora, que desde que se supo esa embajada no salgo de mi confusión.

**DOÑA LEONOR.-** Más confusa estoy yo, que mi hermano no deja de burlarse de mí en los dos días que van pasados, y aún creo que toda la Corte me mira con boca de risa.

**TORRALBA.-** Vuestra alteza me está dando una grandísima pesadumbre, y créame que me holgara de que la tierra se abriera y me tragase al punto.

**DOÑA LEONOR.-** Doctor Torralba, yo os quiero bien y no he de afligiros, pero pensad en esto que os he dicho y ved que España no es Roma.

**TORRALBA.-** Cierto, señora. Estoy sumamente turbado y suplico me dé licencia de irme a mi posada, que quiero seguir su consejo y meditar y discurrir lo que haya de hacer.

**DOÑA LEONOR.-** Vaya, vaya con Dios mi buen don Eugenio, y examine con cuidado su situación y lo que más conviene a su provecho. **(Le da a besar la mano.)** No dejéis de decir me lo que hayáis resuelto, que me importan vuestras cosas por la afición que os tengo.

**TORRALBA.-** **(Ya en la puerta, se inclina.)** Dios guarde a vuestra alteza. **(Sale.)**

**(Mientras se extinguen lentamente las luces, DOÑA LEONOR se dirige a la ventana y se asoma, en tanto que se oye el rumor de la fiesta. Oscuro. Al hacerse de nuevo la luz, TORRALBA se halla en su posada, sentado en un sillón frailuno que forma parte del escueto menaje y mobiliario de una habitación que no es pobre ni rica: unos pocos libros en tablas colgadas de la blanca pared, una regular cama, una mesa, cofre y algún cuadro piadoso de pequeño formato y oscurecido lienzo. Un candil o un velón alumbran al doctor, que se halla ensimismado. En una silla de tijera y también silencioso, está sentado ZAQUIEL con la cabeza apoyada en el muro y la mirada perdida en el vacío. La incomunicación entre ambos es total.)**

**TORRALBA.-** ¡Oh, Dios, Dios, no hay hombre más desgraciado, no le hay! ¡Oh, Dios mío!

**ZAQUIEL.-** ¡La tua diffidenza! Esa aflicción la tienes por no fiar de mí.

**TORRALBA.-** De más he fiado, y así me veo como me veo.

**ZAQUIEL.-** Pues, ¿cómo te ves, y qué queja tienes? ¿Qué te he hecho yo?

**TORRALBA.-** Mentirme por la gola de un bellaco, eso me has hecho. ¡Oh, en qué negra hora te encontré!

**ZAQUIEL.-** ¡Mentirte! Mal podría hacerlo, sin tener libertad para pecar.

**TORRALBA.-** Con libertad o sin ella, bien me has engañado más de una vez.

**ZAQUIEL.-** Ni una sola, en los diecisiete años que te vengo asistiendo. Si en alguna ocasión me has entendido mal, ha sido tu culpa y no la mía.

**TORRALBA.-** ¡Oh, la ocasión famosa en que te entendí mal! Si dijiste que el cardenal fray Francisco Jiménez de Cisneros había de ser rey de España, qué otra cosa había de entender, sino lo que dijiste. Y después sucedió ser gobernador regente, y que hablaste en sentido figurado, sin que yo lo entendiera.

**ZAQUIEL.-** Para una vez o dos que se ha ofrecido ese accidente, no quieres acordarte sino de ellas. ¿O acaso has olvidado que anunciaste a ese mismo cardenal Cisneros la rota de los Gelves como yo te la dije, y a otro día llegó un correo con cartas que punto por punto confirmaban tu aviso? ¿No te acuerdas que te previne el alzamiento de las comunidades, ni de la muerte del rey Fernando, que te hice saber estando en Roma? ¿No se cumplió mi aviso puntual y a la letra en esos lances y aun otros tantos?

**TORRALBA.-** Tu último aviso ha sido tal, que me ha hecho perder el aprecio y la fe de mi señora, y a ella ganar la burla del emperador y de la Corte toda. ¿También ése se ha cumplido de manera puntual y a la letra?

**ZAQUIEL.-** Cierto que sí, puntualísimamente, si miras que te dije que caerían sobre Roma calamidades sin cuento y así le ha sucedido en el día de hoy, que desde el tiempo de los vándalos no ha conocido tal tribulación.

**TORRALBA.-** ¡Oh, Zaquiel, Zaquiel, pero qué dices! ¡Que aún quieras porfiar en perderme, como si no me hubieras hecho ya bastante mal!

**ZAQUIEL.-** ¿Che io ti faccio male?

**TORRALBA.-** ¡Sí, sí me haces! ¡Más que ningún otro! ¿Acaso no tengo por tu culpa fama de hechicero?

**ZAQUIEL.-** Esa fama, tú te la haces porque gustas de tenerla. Ya la tenías antes de conocerme.

**TORRALBA.- (Tras una pausa.)** Zaquiel, por tiempo de diecisiete años me has acudido siempre, y no había noche de plenilunio que yo no anduviere alegre a la espera de tu llegada, sin que nunca dejases de venir. Me has hecho sentirme más grande y más alto que los demás hombres, pero ahora te pido que, por amor mío, te vayas y no vuelvas más. Tengo miedo, Zaquiel; quiero ser un hombre ordinario como todos, porque si no, yo no sé lo que pueda ser de mí. España no es Italia, y tengo miedo. Déjame, Zaquiel, vete y no vuelvas.

**ZAQUIEL.-** Prometí a fray Pedro que no te dejaría en tanto que vivieses.

**TORRALBA.-** Fray Pedro ya murió...

**ZAQUIEL.-** Pero tú estás vivo, y he de seguir contigo. Hemos de sernos fieles y vencer las flaquezas con buen ánimo, no se diga que tan buena amistad y tan antigua se quebró por el miedo.

**TORRALBA.-** Entonces, que Dios me ayude.

**ZAQUIEL.-** Tu poca fe es lo que te pierde, hombre inquieto. Vamos, dime, ¿qué perjuicio te hago yo? ¿No te ayudo a ser un hombre bueno de honradas costumbres? ¿Y acaso no es eso lo más necesario para tu alma? Acuérdate del campo de Agramante que había en tu corazón antes de que me encontrases, dividida tu afición y tu vida entre contrarias y heréticas doctrinas. Bien descarriados iban tus pasos, que a un tiempo te ibas apartando del Dios de tus padres y de tu discreción y juicio. ¿Tienes miedo de estar conmigo, y no lo tienes de volver a esa confusión? Dices que España no es Italia y eso me abona, pues, ¿qué hubiera sido de ti en España si no me hubieses conocido y siguieses aún en las doctrinas de Maqueta y del maestro Alfonso? ¿Y qué será de ti, si vuelves a caer en esos yerros u otros semejantes? ¿Cierto, cierto, crees que estarás más a salvo y seguro sin mí que conmigo?

**TORRALBA.-** No, Zaquiel, no sé qué replicarte, y o confieso que tu ayuda ha sido grande, y que también me has remediado en mi oficio y hecho conocer tantas yerbas y modos de curar que me han granjeado el crédito que tengo. Pero siento la angustia del peligro cercano, y no sosiega mi alma.

**ZAQUIEL.-** Y no sosegará en tanto que procedas como has hecho hasta ahora. ¿A qué viene ese empeño de mostrarme como a mona de feria? ¿No ves que yo no gusto de estar sino contigo, y que sólo con gran repugnancia condesciendo en hacerme visible para otros cuando tú me lo pides?

**TORRALBA.-** ¿Y si no te vieran, cómo habrían de creerme? De todas suertes, a bien pocos has consentido en mostrarte, acuérdate que siempre o casi siempre te has negado.

**ZAQUIEL.-** Me vio en Italia demasiada gente.

**TORRALBA.-** Las personas principales que te vieron, fueron pocas y están muertas. Te vio el cardenal Volterra, que me tenía como hijo, y ya dio el alma. También te vio y está muerto el cardenal de Santa Cruz, y el cardenal de Siena fue el último en verte y el primero en morir, que el Santo Padre lo hizo ahorcar.

**ZAQUIEL.-** Otros me vieron que no han muerto, y alguno vive aquí en Valladolid.

**TORRALBA.-** Por don Diego de Zúñiga lo dices. Ese es un necio impertinente que no tiene poder ni valimiento.

**ZAQUIEL.-** Pero tiene lengua, y bien desembarazada y laboriosa, por cierto.

**TORRALBA.-** Es un hablador y el más pesado mentecato del mundo, con su afán de encontrar tesoro encantado con que enderezar su hacienda. No ha de volverte a ver, ni él ni otro alguno, si así se excusan peligros. Perdóname, Zaquiel, las simplezas que antes dije, y vuélveme tu gracia de amigo.

**ZAQUIEL.-** Nunca te la he quitado, y así no es menester que te la vuelva.

**TORRALBA.-** ¡Oh, Zaquiel, por mi amor, dame acá esos brazos!

**ZAQUIEL.-** ¡No me toques! Sabes bien que no gusto de ser manoseado. Siéntate ahora, y escucha: ¿por qué no eres leal conmigo y me dices limpiamente lo que piensas?

**TORRALBA.-** ¿Que yo no soy leal?

**ZAQUIEL.-** ¿Con qué corazón ofreces amistad a quien tienes por un embustero?

**TORRALBA.-** ¡Zaquiél, cómo puedes decir eso! ¡Te he pedido que me perdones!

**ZAQUIEL.-** ¿Tienes fe en mí? ¿Ya no piensas que son mentirosos mis avisos?

**TORRALBA.-** Tú mismo me has hecho que me acuerde de cómo la experiencia los confirmó.

**ZAQUIEL.-** Del último te hablo. ¿Qué piensas de mi anuncio sobre las desdichas y calamidades de Roma?

**TORRALBA.-** Asómate, Zaquiél, a la ventana, y mira ese bullicio de máscaras y luminarias. Ellas te hablan de Roma, que no yo. El visorrey flamenco de Nápoles don Carlos de Lannoy despachó una galera con nuevas tan favorables, que el emperador ha ordenado dos días de mascaradas. El Papa Clemente se ha salido de la guerra contra España y ha dado dineros con que cobre sus pagas nuestro ejército de Milán. Eso dicen las cartas y otras mil cosas más, todas buenas.

**ZAQUIEL.-** Ya he oído lo que dicen las cartas, ahora oye lo que digo yo. El ejército de Milán ha entrado a saco en Roma esta mañana, y a esta hora está asolando la ciudad entre llamas y sangre. Los españoles y lansquenetes recorren borrachos las calles, con las cabezas de los cardenales y prelados clavadas en sus picas. Las mujeres están siendo violadas y degolladas o vendidas, y sus padres ahorcados de los balcones de sus casas. El Papa Clemente VII se ha encerrado en Sant Angelo con doscientos suizos, y la ciudad santa es un rebaño despedazado por los dientes de los lobos. Questo è ció che ora accade pella cittá eterna.

**TORRALBA.-** Oh, Zaquiél, qué dices. Pero qué dices, eso es un desvarío, un despropósito que jamás ha cruzado los sesos de un loco. ¡Roma, la piedra angular de la Iglesia, la ciudad de Dios! ¿Cómo puede verse así, sin que el sol caiga del cielo? ¡Y a manos de españoles! **(Le va acometiendouna risa nerviosa.)** ¡Ja, ja! Mira, mira esas gentes, ¡aquí de mascarada, y en Roma degollando obispos! ¡Ay, Roma putana! ¡Jaaa, ja, ja, ja!

**ZAQUIEL.-** Ya veo que no me crees.

**TORRALBA.-** Siempre te creo, aun lo que no es para creer. **(Restos de risa.)** No quiero reír, Zaquiél, te juro que si he reído, ha sido a mi pesar. Yo soy cristiano y una nueva así no puede sino dolerme. **(Ríe.)** Se me parte el corazón, así me salve Dios.

**ZAQUIEL.-** Nunca vi tan alegre pesadumbre.

**(Se oyen golpes en la puerta.)**

**TORRALBA.-** ¡Qué inoportuno llamará a estas horas!

**ZAQUIEL.-** Tu amigo el de Zúñiga.

**TORRALBA.-** ¿Es su merced quien llama, don Diego? ¿Qué quiere? **(Abre.)**

**ZÚÑIGA.- (Entrando.)** ¡Oh, cómo me ha conocido el gran Torralba! ¡Sin abrir la puerta, sabía que era yo!

**TORRALBA.-** Ya estaba para meterme en la cama.

**ZÚÑIGA.-** Por mi vida, don Eugenio, que me diga franca y verdaderamente si su demonio le ha anunciado mi llegada.

**TORRALBA.-** Estoy cansado y es muy tarde, vea que van a dar las doce.

**ZÚÑIGA.-** Dígame tan sólo eso, y prometo de irme al punto.

**TORRALBA.-** Pues sí, él me avisó y su merced lo ha penetrado como un lince.

**ZÚÑIGA.-** ¡Por Dios, que lo olí! ¡Me huele a demonio, el aposento! ¿Está aquí ahora? Dígame si está, don Eugenio, por Dios vivo.

**ZAQUIEL.-** Está empapado en vino, como un zaque. Échalo fuera.

**TORRALBA.-** Vaya, vaya a dormir mi buen amigo y descanse, que mañana hemos de seguir la plática.

**ZÚÑIGA.-** Quiero ver a ese bellacuelo. Conjúrelo que se haga manifiesto y yo lo vea. Quiero verlo, que sé que está aquí.

**TORRALBA.-** Ya lo vio en Italia, ¿no se acuerda?

**ZÚÑIGA.-** No, no me acuerdo. Quiero verlo ahora, y ponerle al hocico la cruz de mi espada, que por fuerza confiese a qué parte de la posada se halla el tesoro que ocultaron los moros. Conjúrelo que salga, doctor, que a fe de caballero le prometo que, en teniendo ese oro y esa plata, nos lo hemos de repartir como buenos hermanos.

**TORRALBA.-** Mil veces le he dicho que ese tesoro tiene un encantamiento muy fuerte, y no están los planetas favorables para romper el hechizo y llegar a los cofres. Hay que esperar.

**ZÚÑIGA.-** ¿Cuánto hay que esperar? ¿Cuánto? No me engañes, mira que no me engañes, Torralbilla, ten cuidado conmigo, brujo embustero, que ya has cruzado la raya de mi paciencia, y puedo hacer que te pese.

**ZAQUIEL.-** ¿Lo oyes? Cuídate de él, que tiene mala sangre.

**TORRALBA.-** Es grosería de borracho.

**ZÚÑIGA.-** ¿Yo, borracho? ¡Por Dios, que no lo cato si no es en las comidas, y eso cuando lo tengo! Si ahora he tomado, ha sido porque las máscaras me daban la bota y no me podía negar. ¿No ha estado con las máscaras mi Torralbica? ¿No ha bebido con ellas, ni bailado? ¡Bien se ve que no! ¡En la cara se lo veo! ¡En esa cara de ahorcado bilioso!

**TORRALBA.-** Su merced precisa acostarse, y yo también.

**ZÚÑIGA.-** ¡Por los huesos de mi padre! ¿Sabe, doctor, que se le está poniendo cara de hereje? ¡Oh, y cómo se echa de ver que ha de acabar hecho chicharrones!

**ZAQUIEL.-** ¿A qué esperas, di, para asirle del pescuezo y sacarle de un empujón?

**TORRALBA.-** ¡Váyase, don Diego, váyase a dormir!

**ZÚÑIGA.-** ¿Dormir yo? ¡Esta no es noche de dormir, medicastro! (**Ante la ventana.**) ¡Es noche santa de coplas y danzas! ¡Noche de pecado y de locura en las manos de Dios! ¡Mira, mira esa manada de máscaras que llegan bailando! ¡Ven, míralas, que te alegren los hígados!

**TORRALBA.-** Repito que se vaya a dormir, que bien lo ha menester. ¡Vamos, salga!

**ZÚÑIGA.-** ¡Pues qué! ¿Quiere estar solo el doctor Torralba, en una tal noche como ésta?

**TORRALBA.-** Sí, quiero estar solo. Salga y déjeme.

**ZÚÑIGA.-** ¿Que quiere quedar solo el hechicero? Pues ahora lo veredes, dijo Agrajes. (**Por la ventana.**) ¡Eh! ¡Eh, aquí! ¡Suban, suban aquí! ¡Venid, que aquí está el brujo Torralba, que quiere conocer si sois gentes de pro! ¡Subid, pícaros, bribones!

**TORRALBA.-** ¡Pero qué hacéis, necio! ¡Maldito borracho!

**ZÚÑIGA.-** ¡Ya, ya suben! ¡No cierre la puerta, doctor, no la cierre, que se la han de quebrar! **(Por la ventana.)** ¡Arriba, arriba, jacareros, ladrones, gentuza!

**(Ríe ZÚÑIGA con risa de borracho, y el creciente rumor de las máscaras culmina con la irrupción de éstas en el aposento, invadiendo su austera decoración con la detonante y estrafalaria apariencia de sus caprichosos atavíos, su movimiento tumultuario y voces agudas, rústicos instrumentos y general remolino multicolor que atrae y absorbe lo individual para integrarlo en la móvil masa de los disfraces, dotada de una especie de alma colectiva rítmica y orgiástica, que, enajena las mentes y convoca al delirio. Al inundar la habitación, su múltiple presencia oculta a ZAQUIEL, que desaparece.)**

**LAS MÁSCARAS.-** ¡Uuuh! ¡Hechicero, hechicero! ¡Uuuuh!  
¡Brujo negro, brujo negro, que arderás en el brasero!

**ZÚÑIGA.- (Riendo.)** ¡No, no ha de ser así, que es muy mi amigo! ¡El gran Torralba!

**UNA MÁSCARA.-** ¡El gran hechicero del emperador, ha de dar la grasa en un asador! ¡Ha de dar la grasa!

**ZÚÑIGA.- (Cada vez más torpe.)** ¡Quita allá noramala, cuervo! ¡A ti han de quemar, que no a mi Torralbuela! ¡Con hechizos hallará un tesoro, y yo iré a la parte! ¡Mi hermanico es!

**LAS MÁSCARAS.-** ¡Brujo, brujo y hechicero, con su pluma en el sombrero y un demonio prisionero! ¡Brujo negro y nigromante, en tu anillo hay un diamante con la cifra de Satán, que le vendiste tu alma por tres fanegas de pan!

**UNA BRUJA VERRUGOSA.-** Torralba, doctor galán,

cógeme y llévame a Roma,

y serás un gavilán que se lleva una paloma.

¡Ay, llévame contigo, que soy tuya!

**(La rechaza TORRALBA, y ella cae en los brazos de un disfrazado jayán que se la echa sobre los hombros para llevársela mientras a ella se le descomponen el vestido dejando ver unas lindas piernas. Ríe la raptada quitándose la máscara, y resulta que es una hermosa joven. TORRALBA les sigue con la vista.)**

**EL RAPTOR.- (Llevándose a la muchacha.)** ¡Deja al sabio, buena moza, y vente conmigo, que esta noche has de ser mártir!

**OTRAS MÁSCARAS.- (Bailando en torno a Torralba.)**

Vente con nosotros; oculta tu rostro

y harás cuanto quieras, querer es poder

cuando nadie sabe si eres tú o es otro

el siervo de Cristo o el de Lucifer.

Serás poderoso, que no tendrás leyes,

usos ni costumbres a que obedecer;

serás poderoso igual que los reyes,

que a nadie obedecen sino a su placer.

**OTRO GRUPO DE MÁSCARAS.- (Alternativamente, también rodeando a TORRALBA.)** ¡Uuuh! Ven, doctor ilustre, hechicero real. Ven a jugar como una criatura. Recobra tu inocencia jugando, juega y purifícate. Juega con nosotros, deja de ser lo que eres y hazte un niño pequeñito y mamón. En siendo tan chico, has de ser inocente, haz lo que hagas. Robarás los cálices del señor, y serás inocente. Violarás a una viuda hambrienta y serás inocente, y si degüellas al obispo, igual. Serás inocente porque serás niño, que los niños siempre son inocentes, los hijos de la grandísima. Y no habrá leyes para ti, no, que los niños de teta no tienen más ley que su apetito. ¡Uuuh! Bórrate el rostro, Torralba, bórrate el rostro y el nombre, y los dientes de la ley no podrán hallarte ¡Uuuh! ¡Júntate, júntate con nosotros, brujo real, brujo de palacio!

**TORRALBA.- (Que recibió a las máscaras con disgusto y se ha ido interesando progresivamente.)** ¡Mira mucho lo que dices, tú, socarrón, que yo no soy brujo ni por pienso, si acaso lo sería la puta que te parió!

**UNA MÁSCARA.-** ¡Uh, señor doctor, pero qué maneras son esas! ¡Sin careta no se puede hablar así! ¡Uuuh!

**OTRA.-** Ponte una que te acomode y vente con nosotros al baile de la plaza.

**TORRALBA.- (Con ganas de ir.)** ¿Ir yo con vosotros, belitres?

**UNA MUJER HERMOSA.-** No, sino conmigo. Vámonos los dos solos por las calles oscuras a salir a las eras, que están llenas de luna. Para ti he de bailar como bailan las hojas de los álamos del río, con un temblor de luces. Vente conmigo, vente. Cógeme la cintura y hazme abrir esta boca para buscar el aire. Mírame las caderas, que están locas porque tú no las atas con ese par de brazos. Los pechos tengo de fuego y el cuerpo tengo de hormigas, ¿qué haces, alicorto, que no me tomas? Ay, ven, acércate, acércate más, así, así..., dame un beso, dame... **(Repentinamente se quita la careta, apareciendo bajo ella una calavera.)** ¡Memento, homo! **(Retroceso instintivo de TORRALBA, que reacciona adelantándose de nuevo, cuando ya la máscara se retira riendo. Obstaculizado por un grupo, no puede seguirla el doctor, que la ve de lejos, levantada en alto cerca de la puerta, quitarse la careta de la calavera para ser otra vez la joven que anteriormente se llevó el jayán raptor.)** ¡Adiós, gavilán, gavilán mío, que siempre huiste de mí por culpa de quien yo me sé! **(Ríe a carcajadas, mientras traspone la puerta.)**

**TORRALBA.-** Tú, tú eres quien huye, que yo no. Espera, espera.

**UNA MÁSCARA.-** No espera quien es esperado, sangre blanca. ¿Vienes o no?

**TORRALBA.-** ¿Y quién espera a esa moza?

**LA MÁSCARA.-** ¿Quién? ¡Los jueguecicos de amor! ¡Un mejor fornicador que tú!

**OTRAS MÁSCARAS.-** ¡Vente, vente con nosotros!

**TORRALBA.-** ¿Y si voy con vosotros, la encontraré? ¿Encontraré a la moza con disfraz de Muerte?

**UNA MÁSCARA.-** ¡A la moza con disfraz de Muerte, o a la Muerte con disfraz de moza! Sí, bien pudiera ser que la encontrases, ven.

**OTRA.-** ¡El amor y la muerte son todo uno, brujo rijoso! ¿No lo aprendiste en tus noches de estudio? Vente, vente con nosotros, que se te duerma el alma y se despierte el cuerpo, vente a la fiesta.

**OTRA.-** ¡Vente a gozar del mundo y el mundo gozará de ti, que el mundo somos todos! ¡No tengas miedo, ven!

**TORRALBA.-** ¡Vamos, vamos donde queráis!

**LAS MÁSCARAS.-** ¡Uuuh! ¡Uuuh! ¡Ya, ya se viene!  
¡Uuuh! ¡Ya tenemos otro! ¡Otro, con nosotros! ¡Otro más!  
¡Uuuh! ¡Otro, otro!

**TORRALBA.-** (Arrastrado por el remolino, que gira en espiral y lo envuelve.) ¡Zaquiél, Zaquiél! ¡Don Diego!  
¡Zaquiél, ven! ¡Zaquiél!

**LAS MÁSCARAS.-** (Alternativamente.) ¡No llames, no!  
¡No llames a nadie! ¡Mira que estás solo! ¡Desde que eres máscara, estás solo! ¡Solo con tu propia noche, entre los que no conoces ni te conocen a ti! ¡Solo, solo como Adán a la hora de nacer y como Judas a la de morir! ¡Solo como Dios, dentro de tu máscara! ¡Uuuh! ¡Uuuh!

(Gira el remolino de máscaras, gira sobre sí mismo entre agudos gritos, derribando los muebles y, envuelto en estrépito, sale dejando la puerta abierta y la habitación vacía, con ZÚÑIGA en el suelo, roncando y vomitando.)

(Oscuro.)